

Comensalidades y emociones en torno a las prácticas del comer: un análisis a partir de receptores de programas sociales

Por María Victoria Mairano^{1*}

Introducción

Desde mediados de los 90', la región latinoamericana es escenario de la extensión de los Programas de Transferencia Condicionadas de Ingresos (PTCI). He aquí nuestro interés en indagar las realidades sociales que este tipo de intervención social (re)produce y sus efectos en la estructura de sensibilidades y emociones de la población destinataria. Adoptando el abordaje de las políticas sociales desde la sociología de los cuerpos y emociones, y centrándonos en la perspectiva de la sociología de la alimentación; este trabajo se propone describir las comensalidades y las emociones en torno a las prácticas del comer, que se configuran en receptores de programas sociales.

Se trabajó con una estrategia metodológica de carácter cualitativo que consistió en el análisis de entrevistas en profundidad a beneficiarios y beneficiarias de los respectivos Programas de Transferencia Condicionadas de Ingresos, en las localidades de Vicente López- La Matanza y Ciudad de Buenos Aires.

La estrategia expositiva consiste en primer lugar una conceptualización de las políticas sociales y lo que se constituye como modalidad de atención de la pobreza que son los Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos. En segundo lugar un acercamiento a los conceptos de comensalidad y las emociones sociales que se traman a la hora de comer. Tercero se detalla la estrategia metodológica que se utilizó. Y en cuarto lugar, desarrollaremos el análisis de las entrevistas realizadas, profundizando en los distintos modos que adquiere la comensalidad en los destinatarios de PTCI y las emociones que se traman al comer. Por último, expondremos algunas conclusiones preliminares.

Políticas sociales: Programas de Transferencia condicionadas de ingresos

Siguiendo a De Sena (2016), las políticas sociales implican formas de intervención que el Estado moderno ejerce sobre la sociedad. Éstas se constituyen como productoras y reproductoras de relaciones sociales, ya que se fundan sobre estructuras de poder. Las mismas emergen desde el centro de la estructura social, pero a su vez configuran dicha estructura (Adelantado et al, 2000). En definitiva, son un mecanismo central en el proceso de estructuración de la sociedad; al asegurar a corto plazo las necesidades inmediatas y a largo plazo hacen posible la reproducción del capital (Faleiros, 2000).

Por otro lado, las políticas sociales generan relaciones sociales a través de la creación de sociabilidades, vivencialidades y sensibilidades (De Sena, 2016). De esta manera, se constituyen como mecanismos reguladores del conflicto y constructores de consensos sociales (Scribano y De Sena, 2014), adquiriendo un lugar central en el modo de regulación social y político (Cena, 2014).

¹ Universidad de Buenos Aires-Facultad de Ciencias Sociales.
E-Mail de contacto: mairanovicky@gmail.com



Hacia mediados de la década de 1990, en consonancia con un contexto de empobrecimiento de la sociedad como consecuencia de políticas económicas neoliberales; comienzan a ocupar un lugar central las políticas asistenciales focalizadas dirigidas hacia la población en situación de pobreza. En Latinoamérica específicamente se expresa el auge de los Programas de Transferencia Condicionadas de Ingreso por su extensión geográfica en la región y su masividad, destinados expresamente a aquella población en condiciones de pobreza o extrema pobreza. Estos programas fueron y siguen siendo hoy en día, promovidos por el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano del Desarrollo (BID). Los mismos se constituyen como un nuevo modo de atender las cuestiones de la pobreza (en tanto son protecciones sociales no contributivas y de carácter asistencial), al otorgarle cierto carácter particular a las intervenciones propias de las políticas sociales (Dettano, 2018).

Los PTCI se definen como aquellas intervenciones estatales que al establecer una serie de condicionalidades, transfieren una cantidad específica de dinero a los titulares de los programas, en función de la cantidad de integrantes con determinadas características dentro del hogar (Cena, 2014). Siguiendo a Cecchini y Madariaga (2011), la unidad de intervención de estos programas es la familia en su conjunto; y en su interior se prioriza como receptoras a las mujeres quienes en su rol de madres, se espera que utilicen el recurso monetario ya que se presupone que priorizará el bienestar de su familia y en especial de sus hijos (baste mencionar el Decreto presidencial 614/613). De todos modos la elegibilidad de la población objetivo varía según el país en que se implemente; los programas pueden estar destinados a un hogar o familia en su totalidad, o a aquellos integrantes del hogar que pertenezcan a determinadas categorías preestablecidas como niños en edad escolar, mujeres embarazadas, personas en situación de discapacidad, etc. Siguiendo a las autoras Cecchini y Madariaga, la característica que estos programas no contributivos tienen en común, es el objetivo nominal (en la letra de los programas) de reducir la pobreza en ingresos y fortalecer el capital humano de los destinatarios. Asimismo, las condicionalidades de los mismos hacen referencia al compromiso del destinatario respecto a los ámbitos educativos, de salud y nutrición de los menores a su cargo; con el fin último de mejorar el desarrollo humano.

Retomando la reflexión de Cena (2014), estos programas se caracterizan en sus objetivos por enunciar la búsqueda de mejorar las aptitudes, las capacidades y habilidades de los sujetos, lo que termina responsabilizando a los destinatarios de sus condiciones de carencias. De este modo la modificación de la situación problema, yace meramente en la intención de aumentar el capital humano de los actores. Las causas de la pobreza se individualizan, los sujetos son considerados agentes de sus contextos de carencias y al mismo tiempo se logra desdibujar la responsabilidad del Estado frente a esta realidad.

Siguiendo a De Sena (2016), dichos planes sociales constituyen una política de y sobre los cuerpos ya que tienen la labor de mantener a los sujetos en los límites energéticos y nutritivos básicos para su sobrevivencia. Estas últimas en relación con las políticas sociales, ayudan a mitigar el conflicto ante la desigualdad social. De esta manera las políticas de los cuerpos y las emociones; son portadoras de dispositivos que regulan las sensaciones, logrando así atenuar y en lo posible evitar el conflicto, a través de la producción de un sistema de dominación que se inscribe en las nuevas lógicas de opresión del capitalismo contemporáneo. Lo que definimos como “nicho” de dominación se involucra con lo más íntimo y privado de los sujetos (Cena, 2014); aquello que tiene que ver con cómo viven, experimentan y sienten sus emociones. Será a través de las políticas sociales que se imparte un régimen de sensibilidad específico, que es necesario pensarlo en el contexto de desigualdad y dificultad para la satisfacción de sus necesidades



en el que se inserta la población objetivo de los programas. Por ello Cena (2014) resalta la importancia de las imágenes mundo (Scribano, 2004) inscriptas en las políticas sociales, que sostienen e imponen un tipo de comportamiento esperable o restringido de los destinatarios de las mismas. Dicho régimen de sensibilidad actúa regulando, ordenando, estableciendo y haciendo cuerpo las condiciones de soportabilidad de las prácticas en un momento histórico particular.

La cuestión de la comensalidad y las emociones

Partimos de definir el comer como un hecho cultural producto y productor de relaciones sociales, diferente al mero acto de alimentarse que queda supeditado al plano bioquímico y fisiológico del organismo. Comer, refiere tanto al alimento como al entramado de relaciones sociales que hicieron posible que ese alimento sea considerado comida y que pueda ser ingerido en determinado momento y lugar. Es decir, el comer es una práctica organizada y regulada por normas culturales que moldean la comensalidad y varían según género, edad, clase y posición social de quienes comen (Boragnio, 2019).

Aguirre (2017) define que el acto de comer se encuentra implicado por una comida, un comensal, y determinada cultura que actúa como legitimador de estos dos. Retomando a la autora, lo importante es poder comprender cómo las personas nos articulamos con la estructura social a través del acto cotidiano del comer. Comemos lo que la sociedad determina que podemos comer, lo que se produce y lo que se distribuye. Por lo tanto la comida no existirá separada del comensal y de la sociedad que la ingiere. Retomando a Boragnio (2019), la comensalidad refiere al modo de comer propio de los seres humanos. La misma hace referencia a las formas que adquiere el compartir alimentos al interior de los grupos humanos (Aguirre et al, 2017) y a las reglas que soslayan ese acto.

“Si la comensalidad es la forma que adquiere el compartir los alimentos entre los seres humanos y si estas formas están constituidas por el conjunto de relaciones sociales que hicieron posible que ese alimento sea comida, las reglas de comensalidad estarán centradas en las maneras legítimas de llevar adelante el compartir” (Boragnio, 2019: 26).

Así, siguiendo a Aguirre (2017), las reglas de la comensalidad regulan la cantidad de veces que hay que comer en el día, cómo será el acto de comer, cuál y cómo será el espacio donde se come, qué preparaciones serán adecuadas, cuáles para consumo festivo o cotidiano, cómo se regulará la conducta de los participantes en la ocasión, entre otras.

Cuando nos enfocamos en la alimentación, nos estamos refiriendo a los cuerpos que comen y a los que se producen y reproducen mediante la comida (Boragnio, 2019), en sus 3 niveles: individual, subjetivo y social. Estos cuerpos para moverse, planear el movimiento y accionar se ven condicionados por la disponibilidad de energías, de energía social. La misma surge de la relación entre las energías corporales y la potencia de acción de los sujetos. Retomando a Scribano y De Sena (2016), los autores sostienen que existe una distribución desigual de energías en el espacio social. Su distribución y acumulación se da de forma diferencial para algunos pocos. Estas energías se encuentren directamente mediadas por las energías corporales. Estas últimas se encuentran en relación directa con los nutrientes; por tanto si existe cierta deficiencia nutricional, esto perjudica a la posibilidad de acción de los cuerpos.

Al referirnos a los cuerpos hacemos alusión a la indisolubilidad entre cuerpos y emociones (Scribano, 2012). Los cuerpos tienen un rol central en el proceso de estructuración social ya que se constituyen como el locus del conflicto y del orden en



el sistema capitalista contemporáneo. Asimismo se conforman como los nodos claves para la reproducción del capitalismo, expropiándoles sostenidamente las energías que acumulan luego de satisfacer su reproducción física meramente. Esta expropiación se logra producir ocultando su cosificación en tanto sujetos, a través de la regulación de sensaciones y percepciones del mundo en el que viven (Boragnio, 2019).

Nuestra hipótesis sostiene que las políticas sociales en tanto intervenciones del Estado en la sociedad, constituyen un modo de regulación de los cuerpos y emociones en los sujetos. Partiendo de este supuesto, nos abocaremos al análisis de los modos en que se da la gestión de los cuerpos/emociones a través de la comensalidad en receptores de la Asignación Universal por hijo y Ciudadanía Porteña en la Provincia de Buenos Aires, en tanto Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos.

Metodología de abordaje

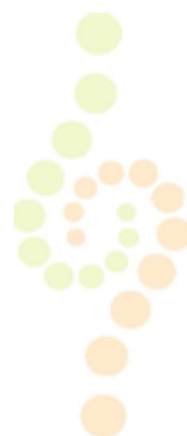
El objetivo del trabajo consistió en describir las comensalidades que se configuran en receptores de Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos, y las emociones que se traman en torno a las prácticas del comer. Este escrito se desprende de un proyecto de investigación de la Universidad de Buenos Aires –UBACyT– en torno a las políticas sociales, los receptores de los Programas de Transferencias Condicionadas de Ingresos y sus prácticas de consumo. El mismo se llevó a cabo en los municipios de La Matanza, Vicente López y CABA, durante el período extendido entre los años 2018 y 2020.

En este trabajo específicamente, reflexionamos sobre receptores de los programas Asignación Universal por hijo (AUH)² en todo el territorio nacional y Ciudadanía Porteña (CP) en la Ciudad de Buenos Aires únicamente. Los receptores con los que se ha trabajado también participan de otros programas sociales como comedores, cooperativas, etc. Se optó por utilizar un abordaje de tipo cualitativo a través de la realización de entrevistas en profundidad a receptores de los respectivos programas.

La entrevista en profundidad es un instrumento de indagación social utilizado desde el abordaje cualitativo. El uso de dicha técnica de elaboración de información tiene como objetivo conocer las miradas, perspectivas y el marco de referencia a partir del cual las personas organizan y comprenden su entorno y a la vez orientan sus comportamientos. Las mismas insertan al entrevistador/a en el mundo de la entrevistada/o estableciéndose así una relación social; por ello se consideran algo más que el interjuego de preguntas y respuestas entre entrevistador y entrevistado (De Sena, et al, 2012).

A modo de guía y direccionamiento, se utilizó un guión flexible de entrevista. El mismo consta con 3 dimensiones que hacen referencia al modo de percibir el PTCI y su mirada acerca de estos programas; al consumo que se efectúa con ese dinero percibido y el sentido que se le da al mismo y, por último, una dimensión que aludía a la obtención o no de créditos para el consumo y las diversas instituciones que lo otorgan.

Para el trabajo de campo, las entrevistas se llevaron a cabo en distintos espacios (sedes de cooperativas, otras del Ministerio de Desarrollo Social de Nación, comedores barriales, entre otros), y se fue pactando y generando el contacto con anticipación. Las 2 Adoptamos la posición teórica que supone a la AUH como un PTCI. A partir de la reflexión de De Sena, Cena y Dettan (2018); sostenemos que la AUH presenta rasgos distintivos respecto de los PTCI en aspectos como: el modo en que se ha establecido en términos de su operatividad a nivel territorial (exclusiones, límites, condicionalidad, penalidades, titularidades y financiamiento); en los componentes que la conforman; y en la conformación que el Estado le imprimió a dicha intervención, similar a la operatoria de los demás PTCI en América Latina.



mismas logran ser escenario de las emociones tramadas en el día a día de las familias que perciben programas sociales. A su vez, las entrevistas nos permitieron indagar sobre las sensibilidades que se explicitan relacionadas con las dimensiones que conforman la comensalidad; como el percibir el ingreso, elegir qué comer, con quienes y dónde, optar por cocinar o no, y por último acudir a diversos espacios por fuera del hogar para alimentarse.

El presente trabajo se circunscribe a los municipios de Vicente López, La Matanza y Ciudad de Buenos Aires. Las tres municipalidades, desde su lejanía espacial y diferenciación social hacia su interior, nos permiten expresar superficialmente la heterogeneidad de prácticas en torno al comer que se expresan en la provincia de Buenos Aires.

Comensalidades en receptores de programas sociales

A continuación explicitamos los modos en que se manifiesta la comensalidad en los receptores. Volviendo a las dimensiones de análisis, haremos referencia a tres dimensiones generales: el tipo de alimentos que se come, las emociones que se traman al comer y los espacios en los que se alimentan junto con sus familias.

¿Qué se come?

Cuando indagamos sobre qué es lo que comen los receptores y las personas con las que viven, lo que prevalece en general es la pasta, el arroz o el guiso de lentejas y/u estofado. En menor medida, algunos cocinan tartas y empanadas, o pizza.

“Asique como fideos, como cosas que sé que me pueden bancar el mes” (Sabrina, 37 años, receptora de AUH)

“Hacemos lo que podemos empanadas, tartas, guiso, estofado, lo que vaya habiendo de mercadería.” (Rocío, 23 años, receptora de AUH)

A partir del relato de las destinatarias, se puede ver que prevalecen las harinas y los hidratos de carbono en las comidas cotidianas. Las comidas como los guisos, los fideos son las que prevalecen en las charlas. Las mismas se destacan por ser abundantes, por rendir, y saciar. Por otro lado, no se menciona la ingesta de verduras, ni de frutas y poco sobre la incorporación de carnes en las comidas. Es importante reflexionar en esta instancia, cómo se compromete el cuerpo a partir de este tipo de alimentación donde prevalecen las harinas, hidratos y poca variación en los alimentos.

El hecho de no comer carne tiene que ver, en su gran mayoría por el alto costo de la misma o por problemas para conservarla en frío si no cuentan con electrodomésticos. Todos los entrevistados manifiestan la imposibilidad de comprar todas las semanas algún tipo de carnes, frutas o verduras; alimentos diferentes a los hidratos de carbono, o harinas que rinden para toda la familia y que al ser más económicos son los que predominan a la hora de cocinar.

Celeste (33 años, beneficiaria de AUH) explica que no puede comprar carnes rojas para cocinar porque es cara y no le alcanza:

“Yo les compro alitas. Alitas, alitas. Mi hijo el más grande me dice: mamá vamos a salir volando con tanta alita. Bueno papi, no puedo comprar un pedazo de carne.”

“Entrevistadora: ¿carnes comen?; Rocío (23 años): Si...depende de la plata



que haya ese día.”

“Al día compro lo que es yogurt o golosinas que piden los chicos...bueno la carne también la compro al día porque sino la heladera no me anda asique bueno” (Nadia, 24 años, beneficiaria de AUH)

Sin embargo, en la mayoría de los casos, sí se menciona la importancia de la leche y el yogurt para la alimentación de los “chicos” y/o propia. A la hora de pensar en comprar para comer, se destina un porcentaje para darles a sus hijos el yogurt a veces una vez por semana, otras una vez al día.

“De vez en cuando puedo comer yogurt, o algún queso” (Alberto, 56 años, receptor de CP)

“Lo de lácteos es muy de vez en cuando, sino compro los packs de leche para la nena.”(Carina, 41 años, receptora de AUH)

A partir de este análisis, podemos intuir que la alimentación en la población intervenida por este tipo de programas depende de *la plata que haya en el día*, de *lo que se puede o no comprar* y de las posibilidades que se generen para *bancar el mes*. En otras palabras, la cuestión de la alimentación es algo que *“hay que bancar”*. Y para ello las estrategias de organización son la pieza clave para hacer rendir el mes y que alcance con lo que se pueda comprar o lo que haya en los hogares.

Emociones que se traman a la hora de comer

En el apartado anterior, describimos cuáles son los alimentos centrales en la población beneficiaria; ahora bien en esta sección intentaremos problematizar, ¿cuáles son las emociones que se generan en estas personas ante esta situación?

La preocupación, la bronca, la impotencia y algunas veces la incertidumbre por el mañana, son las principales protagonistas cuando no se tiene con qué comprar determinados alimentos. La sensación se recrudece cuando lo que no se puede adquirir es el lácteo, aunque sea una vez por semana, para sus hijos. Además cuando se interroga sobre la ingesta de carnes o de verduras, se puede percibir un tono de respuesta en donde prevalece la angustia o el cansancio de comer siempre lo mismo y no poder consumir otras cosas.

“No siempre le pude comprar el yogurt, o sea le compro el yogurt, un cosito de yogurt para la semana y después no tengo para el mes” (Sabrina, 37 años, receptora de AUH)

“Un yogurt de un litro que no sea Día, que sea Serenísima, esta 70 mangos, no lo puedo comprar. Eso, mi rabia, mi bronca de decir: hoy no, por más que quiera hoy no puedo comprárselos.”(Celeste, 33 años, receptora de AUH)

Una de las emociones que exteriorizan los y las receptoras tiene que ver con la bronca, y la impotencia. De esta manera podemos pensar cómo se relacionan la imposibilidad de comprar determinados productos para comer, el no tener suficiente dinero para la alimentación todos los días y la responsabilización de *bancar el mes*, con la emergencia de emociones como la impotencia, la ira, y la bronca.

La impotencia como sentimiento clave, se caracteriza por la permanencia de un estado de minusvalía e incapacidad frente a las condiciones materiales de existencia; dicho estado será objeto de esas mismas constricciones al reflexionar sobre esa imposibilidad. Esta imposibilidad, el “no poder”, la inacción por la vida que se presenta como un “siempre



así” y está dada de determinada manera que no podemos transformarla; se instala como régimen de normalidad en la sensibilidad de los sujetos, los amenaza y produce el miedo, miedo que se hace sensibilidad existencial de la dominación capitalista (Scribano, 2008).

Espacios donde se come y con quiénes se comparte el acto de comer

Hasta aquí señalamos las comidas cotidianas de las familias, qué se puede comprar y qué no, y qué emociones se traman en el día a día. Ahora nos interesa abordar los distintos espacios en los que se come y se comparte la comida. Pues otra faceta de la comensalidad en estas familias, involucra a los comedores como espacios donde se puede ir a comer, donde se cocina, se ayuda a otras personas, y predominan en las estrategias de las familias cuando no alcanza el dinero para comprar y cocinar.

Hay algunas personas que acuden al comedor del barrio o municipio, cuando “no alcanza” para poder cocinar. Es decir, lo hacen de forma esporádica; este espacio se piensa como estrategia o alternativa para poder alimentarse cuando no hay recursos monetarios para cubrir los gastos culinarios.

“Cuando no me alcanza tengo que ir sí o sí. A este comedor lo conozco hace 15 años. Antes estaba en Estados Unidos, daban desayuno y después se cambiaron” (Alberto, 56 años, receptor de CP)

Mientras que otros, cuentan con ese espacio alternativo a hogar como parte de su cotidianeidad y acuden rutinariamente. Celeste (33 años, receptora de AUH), contando sobre un día normal en su vida y la de sus dos hijos Gastón y Dylan expresa:

“...Y nada me levanto a las 10 de la mañana, le preparo el desayuno a los chicos, y tipo 11:30 estoy saliendo para venir al comedor que abre a las 12. Comemos en el comedor; les doy la comida ahí en el comedor...Y bueno hay que explicarles a los chicos que vamos al comedor porque no nos alcanza, porque si comemos al mediodía, no comemos a la noche. Comedores a la noche no hay, y bueno esos son los temas.”

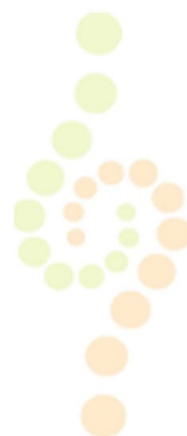
Algunas mujeres cocinan también para los comedores, y es en esos espacios donde alimentan a sus hijos y a veces sus maridos también comen ahí. Es decir la labor de estas mujeres-madres, no se limita al ámbito de su hogar sino que son también ellas quienes llevan adelante el funcionamiento de gran parte de estos espacios alternativos que ayudan a tantas familias, extendiendo incluso las “jornadas” de trabajo (Cena, 2019). No solo se preocupan por comprar y cocinar para su familia, sino que también asumirán la responsabilidad de alimentar a gran parte de la población de sus barrios, en especial a niños.

Rocío (23 años, receptora de AUH) trabaja en un comedor perteneciente a un movimiento social, los días viernes y sábados. Ella junto a sus hijas cenar en el comedor cuando ella cocina, y el resto de los días acuden a los distintos comedores que hay en el barrio. Rocío nos cuenta:

“Yo retiro la comida en los demás comedores de mis compañeros...Cuando las niñas se van al cole, comen ahí y yo retiro la comida en el comedor del barrio que es municipal”

Belén (29 años, receptora de AUH) trabaja en un merendero junto con su madre, tiene tres hijos y nos cuenta que:

“...nos organizamos para cocinar temprano, para amasar el pan, para hacer



todo lo que se lleva a cabo ahora. A partir de las 3 de la tarde empezamos a dar la merienda a los chicos hasta la comida de la noche”

María Inés (50 años), al preguntarle sobre cómo es un día en su vida, ella nos responde:

“(Suspiro) Todos los días... acá ando, trabajo... después me vengo al merendero, ayudo acá en el merendero, eso martes y jueves. Y después todos los días haciendo cosas en mi casa; que lavar, planchar, juntar ropa... todo el tiempo hago... cocinar, atender a mi nieto que yo lo cuido a mi nietito.”

Otras aprovechan ese espacio para cocinar y luego poder llevar comida a su hogar, e “ir pasando”. La noción de “ir pasando” o “banca el mes” hacen referencia a poder sostener esta situación cotidiana que se caracteriza por la búsqueda constante de estrategias para alimentar y alimentarse, es decir, estrategias que permitan la reproducción.

“Los fines de semana por ahí, a veces que digo: bueno chicas cocinamos algo, sacamos un pedacito de carne. Pero por ahí a veces del mismo cansancio mío, digo me voy a casa y cocino algo en casa. También lo mismo... yo junto con la asignación cobro la garrafa social.” (Celeste, 33 años, receptora de CP)

Rocío (23 años, receptora de AUH) sobre su marido:

“Cuando viene (a casa) come lo que traje del comedor”

“Acá comen los chicos. Si sobra si, se llevan el tupper a las casas” (Belén, trabaja en el merendero del barrio)

Además, la mayoría de las receptoras cuenta con el comedor de la escuela como otro espacio para alimentar a sus hijos y de ese modo asegura una comida, en general el almuerzo de los niños menores en el hogar. De esta forma, una o dos comidas quedan saldadas en el ámbito educativo.

Belén, quien está a cargo del merendero del barrio que se lleva adelante en su propio hogar nos comenta qué sucede con la alimentación en su propia familia:

“Comemos en el merendero, es una gran ayuda porque meriendan y cenan. Al mediodía van a la escuelita a comer, tenes acá, en los barrios es así.”

“Aparte acá en Vicente López mejor porque lo anotas desde las 8 hasta las 4 de la tarde. Son jornadas completas acá, en otros lados no hay. Ellos comen, meriendan, todo ahí.” (Nadia, receptora de AUH)

A través de este recorrido analítico, podemos reflexionar que los PTCI en tanto intervenciones del Estado, requieren e interaccionan con otras intervenciones que provee el Estado, articulando con organizaciones de la Sociedad Civil e iglesias, entre otras instituciones. De esta manera se configura un solapamiento de programas sociales o intervenciones de diversas índole, cada uno con sus respectivas condicionalidades o contraprestaciones que estructuran el día a día de la población intervenida y producen un régimen de sensibilidad determinado. Los receptores de programas sociales perciben a los mismos en tanto una ayuda que complementan sus estrategias de vida. Podemos dar cuenta de esto al escuchar a los entrevistados, y oír en su mayoría que las dificultades del día a día, los hacen ir pensando estrategias diversas para poder comer.



Algunas conclusiones preliminares

A modo de cierre, podemos sintetizar que la principal estrategia de gestión del acto de comer por parte de las familias, es la opción de trasladarse hacia espacios alternativos a sus hogares, para salvaguardar la tarea de alimentar a sus hijos. Estos espacios son en su mayoría comedores/merenderos de barrio, de cooperativas, municipales, familiares, eclesiásticos. Es decir que los momentos de comer se comparten con vecinos, niños en su misma situación escolar, amigos, conocidos y también gente que no se conoce entre ellos o no tiene relación alguna. Por otro lado resaltamos que el hecho de ir a la escuela, no solo va a significar una actividad de tipo educativa, sino que esta implica que en ese espacio previsto para el aprendizaje, los chicos también se alimentaran diariamente, al menos podrán abastecerse de una de las comidas principales del día, según los relatos de las entrevistas que hemos realizado.

A su vez, cabe señalar que ante la imposibilidad de las familias de acceder a ciertos productos para cocinar, las emociones que protagonizan el día a día de los beneficiarios del programa social, suelen ser: la bronca, la angustia, la preocupación, incertidumbre, el cansancio, la rabia. Por otro lado, la noción de ayuda que en este análisis se expresa relacionada a otro tipo de intervenciones del Estado, como son los comedores o merenderos, nos permiten hacer alusión a emociones como el agradecimiento o la alegría. De esta manera, podemos dar cuenta del solapamiento de intervenciones que presentan las familias, así como programas alimentarios, PTCI, programas de empleo; y de su necesidad de requerimiento para llevar el día a día.

Estas emociones moldean y constituyen la vida en sociedad por ello es menester reflexionar sobre el común denominador de las emociones que se traman en la población receptora, este radica en el hecho de sentir y vivenciar/se en un mundo basado en la imprevisibilidad, instantaneidad e incertidumbre³ que se genera respecto a las prácticas y estrategias del comer cotidianas de las familias.

A modo de apertura final, queremos señalar que este trabajo se constituye como una primera aproximación a la relación existente entre las estrategias respecto al comer en aquellos destinatarios de programas sociales y las emociones que las configuran. Sin embargo, otras cuestiones pueden ser trabajadas en esta misma dirección. Retomando el análisis de las entrevistas; podemos reflexionar cuál es el lugar de las mujeres receptoras frente a este tipo de estrategias en torno al comer y cuáles son sus tareas o sus responsabilidades respecto a la alimentación en términos de jornadas de trabajo⁴. De los relatos de las entrevistadas se desprende que la responsabilidad respecto a la cocina (en sus hogares y en comedores y/o merenderos barriales), respecto a las compras para poder cocinar, entre otras, recaen en general en las mujeres de las familias, que también son quienes están a cargo del cuidado de sus hijos. A propósito de esto, nos surge la necesidad de profundizar en el rol de la mujer como madre-cuidadora y también cocinera. En este caso al observar que son ellas las protagonistas a la hora de cocinar, las que toman las decisiones hogareñas respecto a la comida, los espacios donde se come, qué se come, con quienes se comparte ese momento, entre otras cuestiones; creemos necesario reflexionar desde esta perspectiva, sobre la relación entre los programas sociales en este caso los PTCI y la producción/reproducción constante de los roles de género tradicionales al interior de los hogares familiares a través de las prácticas y las estrategias en torno al comer cotidiano.

3 Ver al respecto Cena (2018)

4 Sobre las discusiones en torno a las jornadas de trabajo y la gestión de políticas sociales ver Cena (2019).



Referencias

- ADELANTADO, J., NOGUERA, J. y RAMBLA, X. (2000) “El Marco de Análisis: las relaciones complejas entre estructura social y políticas sociales”, (pp. 23-62). En Adelantado, J. (Comp.) Cambios en el Estado de Bienestar. Políticas Sociales y Desigualdades en España. Editorial Icaria. Barcelona
- AGUIRRE, P. (2017) “Una historia social de la comida” Buenos Aires: Lugar Editorial.
- BORAGNIO, A. (2019) “Comer en la oficina: prácticas del comer y emociones de mujeres trabajadoras en el ámbito de la administración pública nacional argentina” (Tesis doctoral). Universidad de Alicante, España.
- CECCHINI S. y MADARIAGAA. (2011) “Programas de Transferencias Condicionadas. Balance de la experiencia reciente en América Latina y el Caribe.” Naciones Unidas: Santiago de Chile.
- CENA, R. (2014) “Imagen Mundo y Régimen de sensibilidad. Un análisis a partir de las políticas sociales de atención a la pobreza implementadas en Argentina”. En Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad. N° 14, año 6, Abril Julio 2014.
- CENA, R. (2014) “Programas de transferencias condicionadas de ingresos y programas de empleo en Argentina: entre la responsabilización de los destinatarios y la individualización de la cuestión social”. Boletín Científico Sapiens Research, 4(1), 3-8
- CENA, R. (2018) “Los tránsitos por la inestabilidad: hacia un abordaje de las políticas sociales desde las sensibilidades” en De Sena, A. (comp.). La intervención social en el inicio del siglo XXI: transferencias condicionadas en el orden global. Estudios Sociológicos Editora.
- CENA, R. (2019). Discusiones en torno a los cuidados sociales: ¿hacia una triple jornada? Reflexiones desde poblaciones destinatarias de políticas sociales. Aposta, (81).
- DE SENA, A. (2016) “Políticas Sociales, emociones y cuerpos”. RBSE–Revista brasileira de Sociologia da Emoção, v.15, n. 44, p.173-185, agosto de 2016. ISSN: 1676-8965
- DE SENA, A.; DEL CAMPO, N.; DETTANO, A.; GARCIA ACEVEDO, M.; SAENZ VALENZUELA, M (2012) “La entrevista como modo de indagación social. Una experiencia compartida”. En, “En clave metodológica. Reflexiones y prácticas de la investigación social”. Gómez Rojas, Gabriela y De Sena Angélica (compiladoras). Ediciones Cooperativas. Buenos Aires. En prensa.
- DE SENA, A.; CENA, R. y DETTANO, A. (2018) “Entre los programas de transferencias condicionadas de ingresos y las asignaciones familiares: disputas por los sentidos alrededor de la Asignación Universal por Hijo para Protección social en Argentina” En Revista del CLAD Reforma y Democracia, No. 72, Oct. 2018, pp. 233-264, ISSN 1315-2378
- DETTANO, A. (2018) “Prácticas de consumo y emociones de las destinatarias de programas de transferencias condicionadas de ingreso en la ciudad de Buenos Aires”
- FALEIROS V. P. (2000). “Las Funciones de la Política Social en el Capitalismo”, (pp. 43- 70). En Borgianni, Elisabete y Montaña, Carlos (orgs.). La Política Social Hoy. Cortez Editora. San Pablo.
- SCRIBANO, A. (2008) “Sensaciones, conflicto y cuerpo en argentina después del 2001” (pp.205-230) Revista Redalyc .Espacio Abierto, abril-junio, año/vol. 17,



número 002. Asociación Venezolana de Sociología. Maracaibo, Venezuela

SCRIBANO, A. y DE SENA, A. (2016) "Cuerpos débiles: energías, políticas alimentarias y depredación de bienes comunes." En Martins, P. y de Araujo Silva. (org) Democracia, Pos-desenvolvimento e gestao de bens comuns. Perspectivas da América Latina e do Caribe. Brasil: Editora. Pp.115-128 ISBN: 978-85-391-0824-4.

SCRIBANO, A. (2012) "Sociología de los cuerpos/emociones". Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad. N°10. Año 4. Diciembre 2012-marzo de 2013. Argentina. ISSN: 1852-8759. pp. 93-113.

